

FREDERICK COOPER

**DOCENCIA Y REALIDAD
EN LA ARQUITECTURA CONTEMPORÁNEA**

La enseñanza de la arquitectura es un asunto que la evolución contemporánea de las ideas en los campos de la filosofía, el arte y la tecnología ha complicado enormemente, al punto de hacerla oscilar entre el sinsentido conceptual o pedagógico, variantes más o menos rigurosas de maneras de prorrogar la tradición moderna iniciada a comienzos del siglo pasado, formas que procuran transferirlo a esferas del conocimiento subsidiarias - como la cibernética, las ciencias de la comunicación o las ciencias sociales (disciplinas que en las últimas décadas han venido desplegando una notable ingerencia en su formulación social), o excepcionalmente como un problema agudo que requiere afrontarse rigurosamente si se aspira a preservarla de una deformación severa y peligrosa. Esta situación no puede intentar explicarse sólo a partir de la mutación que necesaria y permanentemente debe operarse al interior de la pedagogía de la arquitectura para adecuarla a las cambiantes circunstancias que le impone la evolución de la sociedad y la cultura. Puestos a procurar interpretarlo a la luz de las transformaciones experimentadas en otras épocas se hace evidente que, no obstante la radicalidad y aceleración de los cambios culturales acaecidos globalmente en nuestro tiempo, la diversidad conceptual y metodológica que se observa en la actualidad en la educación arquitectónica apunta a que es la indefinición del ejercicio actual de la arquitectura y las consecuencias que esta incertidumbre viene acarreado a su rol profesional y social lo que perturba y disloca a una práctica que hasta hace poco más de medio siglo parecía desenvolverse con naturalidad y coherencia.

Convencionalmente, enseñar arquitectura siempre ha consistido en entrenar a

quienes aspiraban a ese oficio para que adquirieran los conocimientos y la experiencia que les permitiera aprender a construir a través de unas concepciones formales que transmitieran unos concomitantes contenidos emocionales, funcionales y sociales. Enseñar a un estudiante a hacer arquitectura ha supuesto por tanto secularmente inculcarle una preparación que le permita asimilar una experiencia laboral destinada a proveer a la sociedad con gentes capaces de asumir la tarea de edificar sus viviendas, locales públicos y ciudades. Naturalmente, este entrenamiento ha producido siempre dos tipos genéricos de arquitectos: los que han entendido su capacitación como un proceso destinado a equiparse convencionalmente para dispensar un servicio eficiente y personalmente gratificante y remunerativo, y aquellos que, sea por contar con mayor talento o por haber adquirido a lo largo de sus estudios o durante el proceso de gestación de su experiencia intelectual o laboral un mayor sentido crítico respecto a la teoría o las manifestaciones predominantes en la arquitectura de su tiempo, han encontrado en la tarea de entrenarse en el modelado de la forma construida, motivos de reflexión sobre la vigencia o legitimidad intelectual o artística de la producción contemporánea, o sobre los fundamentos teóricos del quehacer arquitectónico. El primer grupo, usual y explicablemente más numeroso, tiende a incorporarse dócilmente al *statu quo* tecnológico o estético, siendo por ello el contingente que asume mayoritariamente la provision de los servicios que incumbe suministrar al oficio; usualmente es este el sentido de la capacitación en que se inspira por lo general a la educación arquitectónica, justificadamente por cuanto se espera de ese modo dotar a la sociedad con arquitectos que sintonizen

cabalmente con sus requerimientos culturales y técnicos. El segundo tiende por el contrario a cuestionar la validez de lo establecido, por lo general como consecuencia de discrepancias surgidas al experimentar la pertinencia teórica o la autenticidad de los principios en los que se sustenta la práctica ordinaria. Esta opción tiende a ser minoritaria, aunque sus adeptos suelen recabar en las escuelas mayor notoriedad e interés académico.

Esta dicotomía, constante a todo lo largo de la historia de la arquitectura, ha subsistido principalmente como consecuencia del hecho de hasta el siglo pasado la edificación contaba entre sus fundamentos con dos componentes sustanciales que desde entonces se han transformado radicalmente: la naturaleza artesanal de la edificación, y el predominio de la vida rural sobre la urbana. La transformación experimentada en ambos sentidos, la sustitución de los métodos de construcción artesanales por medios industriales, y el desplazamiento de las formas de vida rurales por el vertiginoso crecimiento de la convivencia urbana, han suscitado conjuntamente prácticas arquitectónicas que han ido escindiéndose de los fundamentos teóricos y las prácticas colectivas que orientaron a la edificación hasta hace muy poco, desplazándola del sustento experiencial y reflexivo en que reposó secularmente, al predominio de la improvisación y el hedonismo efímero y visual como los principales fundamentos del quehacer arquitectónico. En esta mutación influye por cierto decisivamente la acelerada expansión de los procesos de masificación social respecto al desempeño individual, una transformación que al imponerle a la actividad científica y artística una demanda existencial intensa y voluble, ha ido disolviendo el sentido

aglutinador y rector que es consustancial a la tarea intelectual y creativa, absorbiéndolo hasta desfigurar o tornarlo insignificante dentro del magma de una producción comercial y una expansión inmobiliaria atizadas principalmente por un consumismo irracional y desbocado.

La arquitectura, un oficio que a lo largo de la historia ha operado consustancialmente asociado al poder y a la jerarquía cultural de la técnica y el arte, al tiempo que la masificación del conocimiento, la comunicación y el consumo ha ido transfiriendo crecientemente a la vida social la determinación de las claves de los nuevos repertorios visuales nacidos de su encumbramiento público, ha ido viendo rebajarse su rol orientador y normativo. No obstante la certera intuición de los arquitectos ensayistas que en los orígenes de la gestación del Movimiento Moderno anticiparon la necesidad de modificar el sentido del quehacer arquitectónico para adecuarlo a lo que presintieron sería su desbordamiento por la acelerada emergencia de una demanda colectiva de viviendas y de asentamientos urbanos, un siglo después de esas primeras advertencias resulta indiscutible que su ejercicio profesional viene siendo rebasado por una productividad inmobiliaria producto fundamentalmente de las demandas del mercado, y escasamente condicionada por consideraciones que puedan atenuar las consecuencias negativas de una voracidad utilitaria sustentada predominantemente en intereses políticos o en factores económicos, y favorecida por la creciente debilidad de la presencia arquitectónica en el debate social, cultural y urbanístico. Muestra irrefutable de esta degradación es la decreciente presencia de arquitecturas nacidas de una cultura de la edificación contemporáneamente

consistente en las sociedades en las que la urbanización se ha propagado masivamente, o en las que su implementación ha sido mayormente determinada por consideraciones mercantiles o políticas.

Ese debilitamiento del valor del quehacer arquitectónico como consecuencia de la masificación social y de la acelerada propagación de la ingerencia de los medios de comunicación en el quehacer contemporáneo se propagó a partir de las consecuencias que tuvo la Segunda Guerra Mundial en la implantación urbana europea y norteamericana, principalmente porque el perfeccionamiento de los mecanismos de la producción industrial innovados para atender a los requerimientos de la industria bélica, al desaparecer las fuentes de demanda originadas por el conflicto, se volcó a buscar en las necesidades acarreadas por la urgencia de reconstruir las ciudades devastadas, la capacidad industrial desarrollada para atender a los requerimientos militares y estratégicos que generó el conflicto. Precipitadamente, y en especial en Inglaterra, la Unión Soviética y los Estados Unidos, y en menor grado en los Países Bajos, Alemania, Escandinavia y Francia, esa eficiencia industrial asociada al potencial lucrativo nacido de la premura de tener que producir viviendas y servicios a gran velocidad y muy bajo costo, transfirió irreflexivamente al ámbito comercial todo este rubro, vuelco que rápidamente encumbró a los factores económicos sobre los urbanísticos, sociales y estéticos, librando al mercado la legitimidad del derecho a ocupar el suelo, introducir viviendas con mínimos niveles de habitabilidad, fundamentalmente para neutralizar las consecuencias de la inacción política frente a una demanda intensa y desbocada. Estas operaciones, habida

cuenta de la apremiante situación social que las originaba y de los bajos costos que exigían, fueron por lo general asumidas, sea por los estados o por los municipios, por lo general al margen de políticas urbanas o de requerimientos de calidad arquitectónica que cautelaran los intereses vecinales y residenciales de clientelas imposibilitadas de formular esos criterios, por causa de sus magras capacidades económicas y de la inexistencia de patrones arquitectónicos contemporáneos, una evolución cuya precodidad y apresuramiento no permitió por cierto escoltar el proceso bajo una concepción de su significado cultural y urbanístico.

El grave deterioro que esta evolución puso de manifiesto con respecto a una actividad como la arquitectura, tan identificada con la génesis misma de la modernidad social y democrática, creó cuestionamientos muchas veces muy críticos del orden racional, industrial y tectónico que había inspirado la raíz funcional, social y tecnológica del Movimiento Moderno. Esta interpelación se hizo mas radical en las instituciones mayormente ligadas a la reflexión teórica o a la pedagogía de la arquitectura, particularmente en los países - Escandinavia, Inglaterra, Japón y Estados Unidos - en los que el fenómeno de la concentración urbana era más evidente y aun inteligible. Y así, mientras que por un lado las inquietudes teóricas a las que dio lugar el desgaste estilístico del orden racional que había dado lugar a la arquitectura del hábitat moderno suscitaron opciones sobre todo estilísticas - la postmodernidad de inspiración clásica, las múltiples variantes del neoracionalismo (el CIAM, el Brutalismo, el Estructuralismo, Team Ten o el High Tech, entre otras), hubo por otro lado grupos más radicales - ARCHIGRAM, Metabolismo, Archizo-

om, Superstudio o la obra de Jane Jacobs - que identificaban la masificación de la arquitectura de origen académico como un signo inequívoco de la necesidad de tener que afrontar la evidencia aplastante de que la gestación de la arquitectura se había desplazado del ámbito profesional a un espacio difuso en que en realidad eran los ciudadanos que instintivamente creaban los ingredientes de la edificación y las formas urbanas a las que aspiraban. Fuese en Inglaterra, Perú, Estados Unidos, Egipto o España (en realidad en casi todo el mundo), desde hace medio siglo la producción masiva de la arquitectura ha venido ignorando las obras singulares de aquellos arquitectos empeñados en sintonizar inteligentemente con la actualidad de un orden social que progresivamente ha ido distanciándose del liderazgo público que la arquitectura solía ejercer hasta hace un siglo. Frente a esta observación se suele esgrimir el frágil argumento de que el actual diseño que busca construir formas comprometidas de encarar el problema de crear edificios valiosos y gregarios sigue suministrando los únicos modelos que pueden influir en la reorientación correcta y positiva de este desquiciamiento. De un lado pues subsiste la enorme mayoría de aquellos arquitectos que habiendo surgido de una pedagogía racional y moderna que suponen vigente, se creen aun capaces de poder gravitar en la formulación de un orden moderno que lleve a equilibrar el estado anárquico que en la actualidad mayoritariamente rige el desarrollo de la ciudad moderna. De otro lado se esfuerzan grupos minoritarios - a veces con presencia en la información o en la enseñanza - en denunciar el hecho de que la arquitectura ya no es gravitante sino incidentalmente en la conformación de los espacios públicos o el hábitat actual, y que por lo tanto resulta indispen-

sable derivar su estrategia no de los instrumentos de su propio ejercicio, sino de la energía y las aspiraciones de las ciudadanías que realmente construyen los entornos urbanos y sus propias viviendas.

Esta dicotomía no admite ignorar que la arquitectura actualmente enfrenta una incertidumbre cuyas causas es posible rastrear - como he intentado hacer a través de las reflexiones hechas líneas arriba - a una mutación que está en raíz de la modernidad de la que provenimos, sólo que aun imbuidos con el ánimo heroico de quienes la arrancaron del anquilosamiento del orden académico, nos resulta angustiioso encarar frontalmente el hecho innegable de que en realidad lo que edificamos resulta incidental dentro del contingente indómito y vasto de la edificación que viene modelando universalmente las ciudades modernas. En realidad vivimos una esquizofrenia que creo es consecuencia de que la profesión no ha logrado forjar un orden consistente frente el hecho aplastante de que la sociedad comenzó a expandirse de un modo exhuberante desde hace medio siglo. No es posible ignorar que es a consecuencia de la Guerra Mundial que la edificación se vio interferida por la difusión rápida de nuevos recursos técnicos y nuevos materiales que muy rápidamente se hicieron accesibles no sólo a los arquitectos, sino principalmente al comercio de los bienes raíces y a través de ellos, a las ciudadanías a quienes se expuso irresistiblemente una capacidad de poder asumir un rol preponderante - y aun construir - sus viviendas y entornos. A esta facultad se sumó la expansión de un mercado doméstico basado en el consumo, en la apelación al gusto primitivo e inexperimentado de unas poblaciones ajenas por completo a los valores propios de la arquitectura de

mayor calidad. En base a ambos factores hoy la gran mayoría de aquellas poblaciones que pugnan por lograr viviendas o ciudades que les sean accesibles económicamente están en condiciones sea de constuir las parcial o íntegramente con sus propios recursos materiales o técnicos, o de adquirir viviendas que les son ofrecidas por quienes sintonizan con sus necesidades y gustos primitivos. En ambas circunstancias el rol aglutinante de la arquitectura, aquella facultad que implica concertar la calidad intrínseca de la edificación con la de sus servicios y su entorno exterior, vecinal o urbano, al no ser invocado adquiere una importancia que no puede ignorarse. Las malas consecuencias de estos antecedentes es que en la actualidad, no obstante suponer que el desarrollo urbano es una disciplina que ha evolucionado inteligentemente, y que la arquitectura ahora sintoniza con las necesidades, gustos y aspiraciones de las ciudadanías, la enorme mayoría de los barrios y centros son lugares incómodos, feos e inseguros. Esta incongruencia puede atribuirse a que la obra selecta de las últimas décadas ha sido acuñada sin haber dado tiempo a que el orden moderno forjara una estirpe que fuese absorbida por las ciudadanías como parte integrante de su educación o de su experiencia social o tecnológica. Fue lo que ocurrió con la Contrarreforma y el Academismo. Allí están los formatos de estilos y ciudades que implantó la Conquista, o la continuidad de los cascos urbanos de las grandes metrópolis surgidas al amparo de la implementación de un historicismo que pudo equipar a la arquitectura que debía forjar el nuevo orden burgués, con nuevos repertorios y una nueva gramática de la edificación que fuese congruente y también eficaz económicamente. Este rol concertante de la arquitectura no se

ha dado en el tramo de la modernidad que llegó a nuestra orilla. Más bien lo ha ejercido en forma disonante la eclosión consumista del comercio industrial, no para armonizar la energía dispersa en las masas urbanas de nuestras poblaciones, sino para exactarles sea sus economías, o para someterlos a un clientelismo político o social cínico y pernicioso.

Frente a estas circunstancias se hace indispensable reflexionar a fondo respecto al contenido que es preciso adoptar en la pedagogía de la arquitectura. No siendo un asunto que pueda ser zanjado precipitadamente, es preciso afrontarlo académicamente y con una entereza intelectual y ética que lleve a encarar el hecho irrefutable que en la actualidad formamos estudiantes para un ejercicio profesional de la arquitectura que luce aparentemente muy poco accesible en los términos en los que se imparten sus conocimientos. Librados a ingresar al mercado profesional masivo de la arquitectura, lo más probable es que la mayoría sucumba - si no persevera en procurarse una clientela propicia o un empleo atractivo - a tener que ejercer el oficio con muy escaso sentido crítico, en el mejor de los casos plegándose a la acepción superficial y mercantil predominante las últimas décadas. Es este el contingente reaccionario frente al cual surgió ARCHIGRAM hace casi medio siglo, una práctica - que en la actualidad subsiste transmutada - del carácter comercial y tecnocrático que lucía al cabo de la Segunda Guerra, en las desviaciones frívolas atizadas por la orientación mediática que ha ido rebajando el rango de la arquitectura a la categoría de un rubro postizo y epidérmico. No queda en realidad un legado de ese espíritu crítico. Las pocas disidencias que se han registrado frente a una post-

modernidad mayormente retórica han sido esgrimidas por figuras aisladas, líderes académicos como Manfredo Tafuri o ensayistas teóricos como Robert Venturi, Aldo Rossi, Kenneth Frampton, Peter Eisenman, o Juhani Palasmaa, entre otros pocos ensayistas lúcidos, cuyas especulaciones respecto al desconcierto de una modernidad carente de vigencia, si bien contribuyeron - y siguen contribuyendo - a identificar la escasa solvencia cultural y social de la edificación inconciente y banal que sigue propagándose, no han podido aportar ideas que restablezcan el sentido rector, efectivo e ilustrado que toca ejercer a la arquitectura cuando está motivada por situaciones reales y sólo teóricas.

Es cierto que ha habido en las últimas décadas proyectistas ilustres que han querido orientar a sus arquitecturas por cauces inspirados en genuinos esfuerzos por identificar formas de confrontar el avasallamiento comercial y mediático de una modernidad arquitectónica socialmente alienada, usualmente pomposa o exhibicionista. A esta categoría corresponden las obras de Giancarlo de Carlo, Ralph Erskine, Jorn Utzon o Rafael Moneo - entre otros muchos arquitectos - gentes que han procurado crear una conciencia a través de la docencia, sus escritos u obras, de la banalidad que ha acarreado al diseño la masificación social y el mercantilismo. Muchos de ellos han buscado formular sus reflexiones sea en las escuelas de arquitectura o en publicaciones. Pero lamentablemente sus esfuerzos, si bien son reconocidos e influyentes en la escasa lectoría o audiencias que han logrado concitar, no alcanzan a frenar la voraz expansión del consumismo arquitectónico en la edificación contemporánea. Esta marginalidad se debe sobre todo al escaso interés que

la reflexión seria y la investigación sobre la arquitectura y la ciudad actual tiene en la mayoría de las universidades, a consecuencia de lo cual egresan graduados que portan un mediocre interés profesional e intelectual por la situación de su oficio. Esta precaria base educativa constituye el factor preponderante de la degradación arquitectónica, no sólo porque su agravamiento a lo largo de las últimas décadas ha impedido forjar una cultura arquitectónica que contribuya a modelar nuevas viviendas, espacios públicos y ciudades confortables y armoniosas, sino porque ha deprimido el rol intelectual y cívico del arquitecto, librando a la edificación a la voracidad de la gestión inmobiliaria o a la improvisación de unas ciudadanías cultural y estéticamente ajenas a las jerarquías de la jerarquía arquitectónica.

Toca a la universidad indagar comprometidamente en este tema, primero orientando su enseñanza de modo que pueda suministrar derroteros probables para la superación de las patologías adquiridas por las deficiencias de la práctica arquitectónica masiva en las últimas décadas. Para ello requiere adoptar una lucidez que le permita observar con objetividad las reales circunstancias dentro de la que se inscribe en la actualidad el grueso de la actividad arquitectónica, aquella que espontáneamente brota en los suburbios de las metrópolis subdesarrolladas, o que es producida mercantilmente para saciar al consumismo fomentado por la hipercomunicación y la expansión cibernética. Este ejercicio exige de parte de la docencia un alto grado de objetividad y altruismo, en cuanto inevitablemente demandará a profesionales exitosos e intelectualmente inquietos, inmersos en la cultura arquitectónica de la contemporaneidad, observar con desprendimiento la verdadera

naturaleza de la actividad arquitectónica que efectivamente viene produciendo el marco en el que discurre la mayor parte de la vida de las ciudadanías, una evidencia que inevitablemente los alumnos juzgan como una referencia preocupante y también desafiante, pero también como una componente del aspecto de la realidad social que más les atañe que académicamente aparece tratada más desde el lado de las ciencias sociales o de su apreciación formal, que como un desafío a reflexionar sobre la necesidad de encauzar la energía creativa y la vitalidad económica que motiva su expansión incesante hacia modalidades arquitectónicas y urbanísticas que contribuyan a superar las limitaciones funcionales y el desperdicio económico que conlleva la edificación cuando está librada a la improvisación o al mercado. Se trata, por cierto, de un tema que sobre todo implica asumir una postura teórica y una disposición a procesar abiertamente la heterogénea y desperdigada evidencia acumulada en los procesos de urbanización contemporáneos que dispute a la inclinación por enfrentar a la docencia arquitectónica como un objetivo aún inspirado exclusivamente en los valores derivados del Movimiento Moderno. Exige empezar por decidirse a evaluar descarnadamente el problema y a considerar si en realidad es legítimo continuar propiciando una lectura contemporánea de la arquitectura que ignore - o explique tangencialmente - su alienación respecto a masivos factores humanos y estéticos que hoy gravitan decididamente en su desarrollo.